

Olivier Wieviorka

HISTORIA TOTAL DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

CRÍTICA

OLIVIER WIEVIORKA

HISTORIA TOTAL
DE LA
SEGUNDA GUERRA
MUNDIAL

Traducción castellana de
David León Gómez

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: abril de 2025

Historia total de la segunda guerra mundial
Olivier Wieviorka

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Histoire totale de la seconde guerre mondiale*
© Ministère des Armées / Perrin, un département de Place des Éditeurs, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-749-8
Depósito legal: B. 5.366-2025
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España



Las causas de la segunda guerra mundial

En 1961, Alan John Percival Taylor supo alborotar el avispero. Mientras que sus colegas tenían claro que «Hitler había deseado esta segunda guerra mundial, [de la cual] fue él el único responsable»,¹ el célebre historiador británico afirmó, contra todos los vientos dominantes, que el conflicto de 1939, lejos de haber sido premeditado, constituyó «un accidente, fruto de los desaciertos diplomáticos cometidos por las dos partes».² De ser cierto, el *Führer* no habría sido más que un oportunista sin un plan establecido, lo que explicaría que los dirigentes de las democracias occidentales no percibiesen programa alguno en sus actos: era por definición impenetrable, pues no lo tenía,³ más allá de la ambición de hacer realidad el sueño pangermanista de Guillermo II. Semejantes tesis, que en su época causaron un gran revuelo, no suscitan hoy más que cierta cortés indiferencia. Con todo, invitan a reabrir el expediente del proceso que desembocó en la segunda guerra mundial, cuyos motivos, necesario es subrayarlo, se sitúan en las antípodas de los que condujeron a la conflagración de 1914.

En 1914, el comienzo de las hostilidades suscitó estupor. Aquel verano, nadie imaginaba que el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo desencadenaría un conflicto de tal magnitud. Sin embargo, las ambiciones ciegas de los dirigentes alemanes, rusos y austrohúngaros, la pasión de los pueblos y los enfrentamientos del recién culminado siglo XIX bastaron para poner en marcha un mecanismo al que se lanzaron de cabeza las potencias, en razón del automatismo casi total de las alianzas que habían forjado y porque conta-

ban con que sería una guerra corta, de cuestión de semanas o, a lo sumo, meses.

En 1939, en cambio, todo el mundo, del ministro al ciudadano más humilde, daba por sentado que habría guerra: todos habían vivido la década de 1930 con ese temor, avivado aún más por el presentimiento de que, esta vez, el conflicto sería largo y brutal. Según señaló el cubano Luis Rodríguez Embil, la única diferencia entre la Europa de preguerra y la de posguerra fue que la primera acudió al conflicto bélico con los ojos cerrados, mientras que de la segunda se diría que los tenía abiertos mientras caminaba hacia él.⁴

Sin embargo, en tanto que en 1914 el Viejo Continente echó a arder enseguida, en 1939 sus ejércitos permanecieron casi nueve meses inactivos después de que se declarara la guerra en septiembre. Marcados por acontecimientos como la guerra civil española o la invasión italiana de Albania, los años que precedieron al estallido del conflicto mundial se asemejaron bien poco a un tiempo de paz —representaron, en todo caso, una paz armada—; pero tampoco las hostilidades que comenzaron a continuación recordaban a una conflagración bélica, pues, si bien se produjo la invasión de Polonia, el frente permaneció inmóvil en el oeste.⁵

Por su aparente oscuridad, las causas de la Gran Guerra provocaron debates furiosos después de que callaran los cañones. Ciertamente es que el célebre artículo 231 del Tratado de Versalles dejaba clara la culpabilidad del Reich: «Los Gobiernos aliados y asociados declaran y Alemania reconoce que Alemania y sus aliados son responsables, por haberlos causado, de todas las pérdidas y todos los daños sufridos por los Gobiernos aliados y asociados y sus naciones de resultas de la guerra que les ha sido impuesta por la agresión de Alemania y sus aliados». Sin embargo, esta última no se cansó de cuestionar tal visión de los hechos, que desde entonces ha sido objeto de discusión entre los historiadores,⁶ hasta tal punto que la polémica sigue viva.⁷ La controversia al respecto apenas existe en el caso de la segunda guerra mundial, y con razón. La función desempeñada en primer lugar por Adolf Hitler y, a continuación, por los dirigentes japoneses basta para considerarlos los principales agitadores de un conflicto que no deseaban los pueblos ni sus dirigentes, ya fueran europeos, americanos o asiáticos. De manera que la cuestión se aborda a la inversa: si los historiadores han reflexionado sobre las causas de la primera guerra

mundial a fin de comprender cómo pudo estallar un conflicto imprevisible, en lugar de preguntarse por los motivos —evidentes— de la segunda, prefieren estudiar cómo podría haberse evitado. Winston Churchill, dicho sea de paso, propuso bautizar esta última como «la guerra innecesaria», pues consideraba que «no ha habido nunca un conflicto bélico que haya podido detenerse con tanta facilidad».⁸ Tal veredicto subestima la secuencia implacable que condujo a la conflagración.

UNA COSMOVISIÓN

Lejos de improvisar a fin de sacar partido a las ocasiones que se le presentaran, Adolf Hitler pretendía llevar a la práctica el programa de política exterior que había teorizado en los dos volúmenes de *Mi lucha*, publicados en 1925 y 1926. A diferencia de los dirigentes de la República de Weimar, no aspiraba a la revisión del Tratado de Versalles, sino a su abolición,⁹ lo que suponía acabar con las cláusulas que limitaban a las fuerzas armadas de los derrotados, recuperar las colonias perdidas y restablecer las fronteras de preguerra del Reich. Este objetivo comportaba un enfrentamiento con Francia, que, según afirmaba, «ha sido y será el enemigo mortal inexorable del pueblo alemán».¹⁰ Con todo, la revisión del orden instaurado en 1919-1920 no constituía su objetivo final, sino solo una primera etapa. Convencido de que «la cuestión racial [era] la clave de la historia del mundo»,¹¹ Hitler albergaba, en efecto, la intención de propiciar el triunfo de los arios sobre las razas consideradas inferiores —entre las que destacaba, con diferencia, la judía— según una óptica darwinista que, se suponía, propugnaba el triunfo del fuerte sobre el débil. Por último, para garantizar la prosperidad de su pueblo, quería hacerse con un espacio vital (o *Lebensraum*) en el Este, idea inspirada por el geopolítico Karl Haushofer. «El nuevo Reich deberá tomar una vez más la senda que abrieron los antiguos caballeros teutones: usar la espada alemana para poner la tierra a disposición del arado alemán y dar a la nación su pan de cada día».¹² Semejantes ambiciones, más que contradecirse, se respaldaban unas a otras. El *Führer* «debía exterminar a los judíos y restituir así el sentido de la historia, y, al mismo tiempo, conquistar un espacio vital para el pueblo germano en la lucha por la vida, restaurada de este modo y puesta en consonancia con lo concebido por la naturaleza».¹³ «Los dos objetivos principales de Hitler (la destrucción del “bolchevismo judío” y

la conquista del “espacio vital en el Este”) quedaron de este modo fijados en un programa y unidos en un concepto coherente». ¹⁴

Estos proyectos se inscribían en un contexto histórico determinado por dos parámetros. En primer lugar, eran muchas las potencias que rechazaban el Tratado de Versalles, marcado, a su entender, por una triple iniquidad. Por una parte, los alemanes aseguraban que había adoptado la forma de un mandato injusto impuesto sin negociaciones a los vencidos. Por otra, hacía caso omiso de los arduos sacrificios que habían soportado varios países durante la Gran Guerra y no les otorgaba la retribución merecida, lo que alimentó las frustraciones de Japón e hizo que en Italia se hablara de «victoria mutilada». Por último, las resoluciones adoptadas en la posguerra obviaron a menudo el derecho de los pueblos a la autodeterminación que prometían los Catorce Puntos del presidente Wilson. Se dio la espalda a los deseos expresados por minorías nacionales de relieve alemanas (en Polonia y Checoslovaquia) o magiares (en Rumanía y Yugoslavia), cosa que provocó crispaciones y resentimientos. A esto hay que sumar el caos sembrado por la crisis de 1929, que paralizó las transacciones comerciales internacionales, reforzó las tendencias proteccionistas de las naciones, arruinó la frágil estabilización de Europa y, al acrecentar la miseria y el número de parados, suscitó tensiones sociales cada vez más marcadas. Pero ¿cabe entender el Tratado de Versalles y la Gran Depresión como «causas» de la segunda guerra mundial? No es fácil dar tal paso, ya que estos supuestos motivos ocasionaron consecuencias dispares. En efecto, al verse sumido en aquel trance, Estados Unidos no consideró que la guerra constituyera una salida a sus tormentos y Turquía, dividida por el Tratado de Sèvres (1920), puso en marcha durante la década de 1930 una diplomacia pacifista y no revisionista. El contexto de entreguerras, dicho de otro modo, creó una configuración propicia al nazismo, pero no puede considerarse la matriz en la que se engendró un conflicto que tuvo, sin duda, a Hitler por principal responsable. «En lugar de aceptar humildemente un lugar para Alemania en el seno de un orden económico mundial dominado por prósperos países de habla inglesa [...] optó por movilizar las frustraciones que había acumulado su población y plantear un reto épico a dicha situación». ¹⁵ Prefirió que el Reich dominara el orden mundial a buscar su lugar en este.

El desafío era considerable y, si bien los proyectos que desarrolló en *Mi lucha* parecen contrarios a la lógica, no se hallaban exentos de racionalidad, por bárbara que fuese. En 1939, Alemania era un país pobre en el que seguían viviendo de la artesanía y la agricultura más de quince millones de habitantes.¹⁶ En 1935, los ingresos per cápita equivalían a cuatro mil quinientos dólares —cantidad comparable a la que presenta en nuestros días Sudáfrica—¹⁷ y no hubo alemán que, de un modo u otro, no sufriera entre los dos conflictos los tormentos del hambre y el drama del desempleo.¹⁸ A fin de garantizar la prosperidad de su pueblo, Hitler podía apostar por el liberalismo, mediante la incentivación, por ejemplo, de las exportaciones de productos manufacturados, estrategia que había seguido la República de Weimar tras la primera guerra mundial. Sin embargo, la crisis de 1929 y el aumento del proteccionismo invalidaron esta línea de acción, que, para colmo, requería un acuerdo con las potencias (y, por tanto, el acatamiento de las reparaciones), cosa con la que el dictador no pensaba transigir. Esto hacía de la guerra un medio inevitable para que Alemania obtuviera las riquezas que necesitaba, sobre todo en territorio. El antiguo cabo daba por supuesto que tendría que recurrir a la fuerza, contingencia que no lo arredraba, en particular por el emocionante recuerdo que guardaba de la Gran Guerra, durante la cual había destacado por su arrojo.¹⁹ A la postre, los norteamericanos no habían dudado en exterminar a los indios para apropiarse de sus riquezas. La búsqueda de un territorio más extenso y de mayores recursos naturales, por otra parte, «no constituía una obsesión incongruente de ideólogos racistas, sino una preocupación común de los europeos desde hacía, al menos, doscientos años».²⁰ Una preocupación que había llevado a las potencias a conquistar a sangre y fuego el continente y a lanzarse también a ultramar en virtud de una aventura imperial tan expoliadora como cruenta. Desde luego, no faltaban precedentes que incitasen a los nazis a actuar sin dejarse retraer por escrúpulos morales.

Para ejecutar su proyecto, no obstante, el *Führer* debía proceder con prudencia si quería evitar que los países amenazados se interpusieran en su camino. Por ello empleó magistralmente el método de la «doble vía». «Por un lado, [debía] crear hechos consumados sin preocuparse de los usos diplomáticos y, por el otro, reducir riesgos mediante un discurso creativo de confusión, de gestos conciliadores y ofrecimientos atracti-

vos». ²¹ Así, por ejemplo, en un discurso del 13 de mayo de 1933 puso de relieve sus intenciones pacíficas en estos términos: «Ninguna guerra futura en Europa podrá implantar una situación más conveniente que el estado insatisfactorio de cosas en que nos encontramos hoy. Por el contrario, no hay uso de la fuerza en el continente, sea de la clase que sea, que pueda suscitar, en lo político o en lo económico, una situación más favorable que la presente». ²² Al mismo tiempo, aprestaba sus cañones y seguía con obstinación su hoja de ruta: rearmarse, acabar con los sistemas de alianzas trazados en Versalles e integrar a los pueblos de ascendencia alemana en un Gran Reich conforme a los postulados pangermanistas.

Para llevar a efecto tan ambicioso programa, Hitler multiplicó los golpes de mano. En diciembre de 1932, Alemania había obtenido de la Sociedad de Naciones (SDN) la igualdad de derechos en materia de armamento. En cuanto tomó posesión del cargo de canciller el 30 de enero de 1933, exigió la aplicación de este principio y, ante la oposición de Francia, optó por retirarse de la asamblea ginebrina. El rearme, que se había emprendido de manera clandestina mucho antes de aquel año, se aceleró en los siguientes. En 1935, el Reich volvió a instaurar el servicio militar y se dotó de una Armada (la *Kriegsmarine*) y una aviación militar (la *Luftwaffe*) mientras intensificaba la producción armamentística. En marzo de 1936, dio un paso más al remilitarizar Renania, que había ofrecido a Francia hasta entonces un colchón protector sobre la margen izquierda del Rin.

Al mismo tiempo, Alemania socavó de manera metódica los sistemas de alianzas que se había afanado en construir Francia durante la década de 1920. A iniciativa de los polacos, los dos países vecinos firmaron en 1934 un tratado de no agresión de diez años de validez. Tal cosa les permitiría, en opinión de Józef Beck (su astuto ministro de Asuntos Exteriores), «hacer oídos sordos a las incitaciones de Francia» sin menoscabo de la alianza con París «por si Alemania le[s] causaba problemas». ²³ Semejante sutileza, sin embargo, escapó a los del Quai d'Orsay, quienes no pudieron sino inquietarse ante aquel concierto contra natura. Este tampoco hizo la menor gracia a Moscú, que dos años antes había firmado un pacto de igual índole con Polonia. En junio de 1935, Berlín consiguió imponer a Londres un acuerdo naval por el que se autorizaba a la *Kriegsmarine* a disponer de una flota de tonelaje equivalente al 35 % del de la Armada Real. Los británicos pretendían de este modo limitar

el ineluctable rearmamento alemán, aunque lo que más les preocupaba era la marina de guerra nipona.²⁴ El tratado suponía una clara ruptura del del Frente de Stresa, firmado en el mes de abril por Francia, Italia y el Reino Unido, que habían jurado solemnemente «oponerse por todos los medios apropiados a cualquier repudio unilateral de tratados que pudiera poner en peligro la paz de Europa». Al entablar negociaciones por su cuenta con el embajador Joachim von Ribbentrop, Samuel Hoare, secretario británico de Relaciones Exteriores, había puesto punto final a tal solidaridad.

Adolf Hitler, en resumen, se aplicó en reunir en el seno del Reich a las poblaciones de origen germánico. El Tratado de Versalles había confiado el Sarre a la SDN durante quince años con la idea de organizar en 1935 una consulta que permitiría a sus habitantes decidir si querían mantener aquel *statu quo* o volver a formar parte de Francia o Alemania. La ocasión, que los nazis prepararon minuciosamente, se trocó en un plebiscito en el que más del 90 % de la región decidió regresar al seno del Reich. Asimismo, el 12 de marzo de 1938, tras ejercer una presión considerable sobre el canciller Schuschnigg, Berlín avanzó con sus carros de combate hacia Viena y redactó al día siguiente un proyecto de ley que preveía «la reunificación de Austria con el Reich alemán», opción que el 10 de abril ratificó el 99,75 % de los electores austríacos. En mayo de 1938, por último, Hitler decidió que Checoslovaquia debía desaparecer del mapa.²⁵ Para lograrlo, se apoyó en la agitación que habían promovido los nazis en los Sudetes, región en la que habitaban más de tres millones de germanohablantes acosados, según quiso hacer ver el *Führer*, por las autoridades de Praga. Europa parecía, pues, al borde del abismo cuando el primer ministro británico Neville Chamberlain propuso reunirse con él y voló hacia Berchtesgaden el 15 de septiembre de 1938. Los dos volvieron a encontrarse el 22 de aquel mes. El dictador vaciló ante la determinación de Londres y de París. El día 28, Mussolini desbloqueó la situación proponiendo la celebración de una conferencia. Esta concluyó en Múnich el 30 de septiembre con el acuerdo de la anexión progresiva de los Sudetes. A cambio, Francia y el Reino Unido lograron garantizar la existencia de Checoslovaquia (o, cuando menos, de lo que quedaba de ella). Las dos potencias democráticas habían perdido una aliada de peso que, amén de su sistema de fortificaciones, disponía de una treintena de divisiones, cuatrocientos aviones²⁶ y una industria considerable.

A su regreso, tanto Chamberlain como Édouard Daladier, primer ministro francés, fueron recibidos con agasajos. El primero se jactaba de haber salvado «la paz para nuestro tiempo», en tanto que del segundo, a quien fue a recibir una multitud alborozada en el aeródromo de Le Bourget, se dice que exclamó: «¡Qué estúpidos! ¡Si supieran...!». ²⁷ Aun así, hubo voces discordantes. «Se le ha dado a escoger entre la guerra y el deshonor; ha optado usted por el deshonor y tendrá guerra», le espetó Winston Churchill. El laborista Hugh Dalton definió el pacto como «un trozo de papel arrancado de *Mi lucha*». ²⁸ En un tono más desenfadado, Dorothy Parker, mujer de letras, dijo de Chamberlain que era «el primer dirigente de la historia en arrastrarse a 400 kilómetros por hora». ²⁹ En la orilla opuesta del canal de la Mancha, el nacionalista Henri de Kerillis profetizó: «Alemania es insaciable, implacable ante los débiles, y ustedes acaban de dejar claro que son débiles. Alemania solo respeta a los fuertes. Están ustedes convencidos de que se calmará y se pacificará, y yo creo que va a volverse exigente y terrible». ³⁰ Aun así, los Acuerdos de Múnich recibieron el apoyo de una opinión pública ampliamente pacifista tanto en Francia como en el Reino Unido. Hitler, en cambio, no quedó satisfecho. No le habían gustado la ovación brindada por los berlineses al primer ministro británico a su paso por la capital ni que sus compatriotas se felicitaran por haber evitado un enfrentamiento. «Con este pueblo no puedo hacer la guerra todavía», declaró al parecer. ³¹ De hecho, los alemanes se mostraron cuando menos ambivalentes en relación con un posible conflicto.

Con todo, a decir verdad, las medidas políticas puestas en práctica por el *Führer* contaban con el asentimiento de una porción nada desdeñable de su pueblo. De hecho, seguían en parte los objetivos pangermanistas que había avanzado el emperador Guillermo II antes de la Gran Guerra, además de retomar con éxito y de forma pacífica la orientación de la República de Weimar, que, sin dejar de defender en ningún momento la revisión del Tratado de Versalles, había acometido en la década de 1920 el rearmamento clandestino del Ejército bajo la dirección del general Hans von Seeckt, jefe del estado mayor. La mayoría de las acciones emprendidas por Hitler en los años treinta representó, pues, una prolongación de la política tradicional de Berlín ³² y respondió a las expectativas de la población. Hasta el KPD (el Partido Comunista Alemán) había propuesto, en su manifiesto de agosto de 1930, romper el tratado que se les había impuesto en la Galería de los Espejos versallesca

en 1919; anular las deudas de guerra y las reparaciones, y recuperar los territorios perdidos al final de la Gran Guerra. Ciertamente es que tales reivindicaciones, tácticas en gran medida, aspiraban a limitar la popularidad del Partido Nazi;³³ pero sirven de testimonio del amplio consenso con que contaban estos objetivos en el seno de la sociedad alemana. «La derrota y la pérdida de territorio que provocaron los dictados de Versalles infundieron vigor a las exigencias expansionistas de la derecha y alentaron unas intenciones y reivindicaciones expansionistas que la mayoría de los alemanes tenía por legítimas».³⁴ Por otra parte, eran muchas las agrupaciones derechistas que defendían una política de fuerza y consideraban que «debían aplicarse a la sociedad en general los métodos de organización militares».³⁵ Influida por los partidos y asociaciones fascistas, monarquicorreccionarias y nacionalconservadoras, una mayoría de la población se hallaba, pues, en disposición de emprender la militarización del tejido social con independencia de la forma que pudiese adoptar.³⁶ Por consiguiente, el Reich podía contar con el consentimiento de una porción considerable de la población en materia de política exterior, lo que no significaba, sin embargo, que el pueblo deseara ardientemente hacer la guerra.

Este consenso era especialmente marcado por el hecho de que los nazis habían acallado, mediante el sometimiento rápido y brutal de la ciudadanía (la llamada *Gleichschaltung*), toda oposición. Desde el 23 de marzo de 1933, la ley que otorgaba plenos poderes a Adolf Hitler le permitía gobernar por decreto. Los sindicatos, por ejemplo, suprimidos el 2 de mayo de aquel año, tuvieron que integrarse en un Frente Alemán del Trabajo (Deutsches Arbeitsfront o DAF). Los partidos desaparecieron el 14 de julio de 1933, fecha a partir de la cual no se autorizó otra formación política que el movimiento nazi (NSDAP). El Ejército fue la única entidad que se resistió, aun cuando sus mandos, de tendencias conservadoras y monárquicas, compartían los objetivos del régimen. Aquel año, el ministro de Defensa, Werner von Blomberg, declaró, por ejemplo, que el nuevo Gobierno encarnaba «lo que llevan años deseando en su mayoría los mejores de los nuestros».³⁷ Con todo, dada la debilidad militar del país y temiendo provocar la reacción del resto de las potencias si se excedían con los golpes de mano, los generales abogaron por la moderación.

El 5 de noviembre de 1937, Hitler expuso, durante una reunión celebrada en la cancillería en presencia de los principales jefes militares, sus

objetivos de política exterior, cuyas líneas generales conocemos gracias a las actas que redactó su ayudante de campo, el coronel Friedrich Hossbach (a quien debemos la denominación de «protocolo Hossbach» con que se conoce el documento). Fue entonces cuando anunció, en particular, que abrigaba la intención de anexionar Austria y destruir Checoslovaquia. El comandante en jefe del Ejército de Tierra, Werner von Fritsch, el ministro de Asuntos Exteriores, Konstantin von Neurath, y también Werner von Blomberg expresaron sus reservas y el temor de una intervención de Francia y el Reino Unido. Hitler no escatimó en recursos a fin de poner fin a esta oposición. Blomberg, recién enviudado, se había enamorado de una joven de extracción modesta con la que contrajo matrimonio el 12 de enero de 1938. Poco después, una carta anónima acompañada de una serie de fotografías indecorosas reveló oportunamente que Margarethe Gruhn se había prostituido en el pasado, cosa que, por supuesto, no podían tolerar Hitler ni Göring, quienes habían actuado de testigos de la unión. Negándose a separarse de su amada, Blomberg dimitió el 27 de aquel mismo mes. A Fritsch, por su parte, lo acusaron en falso de haber mantenido una relación homosexual, calumnia que Göring, totalmente resuelto a eliminar a un posible rival, sostuvo con todo su peso. Ante semejante escándalo, el mandamás del Ejército de Tierra renunció al cargo el 3 de febrero de 1938.

Hitler aprovechó ambas bajas para consolidar su poder. Destituyó a catorce generales, transfirió a cuarenta y seis oficiales y, en lugar de sustituir a Blomberg, se atribuyó sus funciones.³⁸ De paso, asumió en persona la dirección del Oberkommando der Wehrmacht (OKW). El alto mando de las Fuerzas Armadas, creado el 4 de enero de 1938 y encabezado por el general Wilhelm Keitel, tenía a sus órdenes a los Estados Mayores de los tres Ejércitos: el de Tierra (Oberkommando des Heeres, OKH), el del Aire (Oberkommando der Luftwaffe, OKL) y la Armada (Oberkommando der Marine, OKM). El general Walther von Brauchitsch, el general Hans Jeschonnek y el almirante Erich Raeder quedaron al frente de las tres armas, sometidas por completo a los dictados del OKW. También cambiaron de titular, al mismo tiempo, cargos ministeriales de relieve. Joachim von Ribbentrop sustituyó a Konstantin von Neurath en la Wilhelmstraße, mientras que Walther Funk sucedió al frente de la cartera de Economía a Hjalmar Schacht, experto destacado que había salvado el marco imperial durante la hiperinflación de 1923 y 1924. Por tanto, lejos de mostrarse como un «dictador débil»,³⁹ según lo

presenta el historiador alemán Hans Mommsen, Hitler acaparó en sus manos todo el poder. Sobre él recaería por entero la labor de decidir acerca de asuntos diplomáticos y militares.

Que se tolerase la dominación ejercida por el autócrata sobre la sociedad de Alemania y su aparato estatal no significa, sin embargo, que los alemanes apoyaran el conflicto militar. Se adherían a los objetivos geopolíticos del régimen, pero esperaban ahorrarse las adversidades propias de una situación bélica. La Gran Guerra había supuesto un golpe durísimo y había alimentado un pacifismo que el régimen nazi no había conseguido erradicar. En lugar de cultivar una actitud belicosa, la población, resignada, deseaba la paz.⁴⁰ «Temen que llegue la guerra y que, esta vez, desaparezca Alemania. La idea de un conflicto no despierta ningún entusiasmo», aseveraba un informe del Partido Socialdemócrata (SO-PADE) en el exilio durante la crisis de los Sudetes.⁴¹ En resumidas cuentas, «habían fracasado los empeños del régimen en producir un espíritu de exaltación guerrera comparable al de agosto de 1914»,⁴² de modo que los dirigentes nazis, aun al mismo tiempo que aprestaban las armas, se guardaron de evocar un posible conflicto en sus anuncios oficiales.⁴³ El deseo de paz, no obstante, fue acompañado de la esquizofrenia colectiva de pueblo sitiado que alentaba la propaganda oficial. Al insistir sobre la gran cantidad de enemigos que amenazaban al Reich, el régimen engendró un sentimiento de peligro que inquietó a la población.⁴⁴ A esto se sumaba cierta convicción de que, si los adversarios del país volvían a imponerle directamente un conflicto bélico, esta vez habría que llegar hasta el final. «Los hijos deberían rematar lo que sus padres no habían logrado: romper el ciclo de repeticiones que condenaba a cada generación a combatir en Rusia».⁴⁵

Imperaba, pues, la ambivalencia: «La “psicosis antibélica aguda” que subrayaba un informe socialdemócrata cohabitaba a menudo, y en parte en la mente de las mismas personas, con una gran satisfacción ante la idea de ver a Alemania recuperar el respeto de los países extranjeros».⁴⁶ Fuera como fuere, en cinco años, Hitler había conseguido echar por tierra el Tratado de Versalles, sembrar la discordia en el seno de los aliados franceses y británicos e integrar a la mayor parte de las minorías germanas que vivían en Europa, y todo sin disparar un solo cañón, según ostentaba su ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, quien, en abril de 1940, aseveró: «Nos han dejado franquear sin obstáculos la zona de peligro».⁴⁷ Semejante triunfo, sin embargo, no bastó para aplacar la sed de

Hitler. Su poder carismático⁴⁸ exigía la obtención «de constantes victorias con las que contener los movimientos de insatisfacción que se daban entre la población y luchar contra el desmoronamiento de su prestigio. Por ello, estaba dispuesto a asumir riesgos cada vez mayores»⁴⁹ en una huida hacia delante que lo distinguía de las democracias occidentales.

ABULIA

Ni Londres ni París se engañaron acerca de la importancia relativa de los riesgos que corrían. A su entender, Alemania representaba, con diferencia, el peligro principal. A fin de evitar la «amenaza parda», las dos potencias contaban con tres recursos fundamentales: el binomio formado por la idea de la seguridad colectiva y el desarme; la política de apaciguamiento (el *appeasement*) y un conjunto amplio de alianzas. Ninguno de ellos surtió efecto.

La Sociedad de Naciones, creada por el Tratado de Versalles, aspiraba a impulsar el desarme, prevenir las guerras por el principio de seguridad colectiva y resolver los conflictos mediante el impulso de la negociación. Tan nobles ideales se resolvieron, no obstante, en papel mojado. De entrada, Estados Unidos se negó a adherirse —pese a ser una de las potencias que engendraron la SDN— y prefirió adoptar una postura aislacionista. La Asamblea ginebrina, además, exigía para la aplicación de sanciones el voto unánime de su Consejo, lo que rayaba en «la utopía».⁵⁰ Ni siquiera disponía de fuerzas armadas con las que imponer su postura. El desarme, a la postre, se trocó enseguida en una quimera cuando, el 10 de diciembre de 1932, obtuvo Alemania, como hemos visto, la igualdad de derechos en lo que a equipamiento militar se refiere. La impotencia de la Sociedad de Naciones quedó ya al descubierto en los años treinta. En septiembre de 1931, los japoneses se apoderaron de Manchuria sin que el Consejo de la SDN se atreviera a intervenir con contundencia. El 5 de octubre de 1935, tras la agresión a Etiopía por parte de Italia, se limitó a adoptar contra Roma tímidas sanciones económicas que dejaron indiferente al *duce* y lo arrojaron a los brazos del *Führer*. Y, si bien la Unión Soviética volvió a formar parte de la Asamblea el 18 de septiembre de 1934, Alemania y Japón la abandonaron en 1933, seguidos por Italia en 1937. Ciertamente es que determinadas personalidades, sobre todo de izquierda, creían todavía en la seguridad colectiva. En el

Reino Unido, los laboristas aún apostaban por el desarme entre 1934 y 1935. Uno de sus dirigentes, Herbert Morrison, seguía teniendo la esperanza de que cada nación necesitara un número menor de cañones para hacer frente a eventuales agresores.⁵¹ No obstante, ante los golpes de mano de Hitler, estas voces se volvieron cada vez menos perceptibles.

Más que apoyarse en una improbable seguridad colectiva, tanto Francia como el Reino Unido prefirieron, pues, confiar en una política de apaciguamiento. Así, cedieron a los dictados del *Führer* con la esperanza de que quedaría satisfecho y evitarían una guerra que no deseaban. Según el resumen que hizo al respecto el primer ministro británico Neville Chamberlain, la guerra «no gana nada, no resuelve nada ni acaba con nada».⁵² Semejante ceguera se debía a su desconocimiento del nazismo, cuya naturaleza profunda seguía escapando a la comprensión de los dirigentes. Veían a Hitler como reencarnación de Bismarck y daban por supuesto que estaba retomando los objetivos tradicionales de la Alemania eterna. Por otra parte, eran pocos los ciudadanos de Francia que habían leído *Mi lucha* —cuya primera traducción al francés no se dio al público hasta 1934— y menos quienes se tomaban en serio su contenido.⁵³ Lo mismo cabía decir del lado británico. Nevile Henderson, embajador en Berlín entre 1937 y 1939, lo conocía, pero estimaba que, satisfecho el rosario de quejas relativas a los dictados de Versalles, el régimen nazi desaparecería tras cumplir su misión histórica.⁵⁴ En resumidas cuentas, «en la mente de los mandatarios ingleses y franceses, la ceguera ocupaba, sin duda, una parte mayor que el cálculo».⁵⁵

La opinión pública, por su parte, recordaba horrorizada la Gran Guerra. Empapada en pacifismo y con la tinta del Tratado de Versalles aún fresca, no aceptaba la idea de enzarzarse en un nuevo conflicto que, según todos los indicios, sería, cuando menos, tan atroz como el que lo había precedido. Un sondeo emprendido bajo los auspicios de la SDN entre 1934 y 1935 preguntaba a los habitantes del Reino Unido por la opinión que les merecían la Sociedad de Naciones y el desarme. Once millones seiscientos mil británicos (es decir, un 38% de la población de más de dieciocho años) apoyaron en aquella encuesta (conocida como Peace Ballot) tanto la reducción del material bélico como la labor de la Asamblea ginebrina.⁵⁶ Además, muchos de ellos consideraban que las reivindicaciones de la Alemania hitleriana no estaban del todo injustifi-

cadadas, en particular porque las condiciones impuestas en 1919 alimentaban cierta mala conciencia. En 1935, «prevalecía la sensación de que Alemania tenía derecho a rearmarse, ya que Francia no había hecho nada por desarmarse». ⁵⁷ Además, ¿cómo habría podido oponerse el Reino Unido a la presencia de la Wehrmacht en ciudades alemanas como Colonia? ⁵⁸ A esta luz, la reintroducción del servicio militar, la reintegración del Sarre, la remilitarización de Renania y hasta el Anschluss parecían legítimos, sobre todo porque no daban la impresión de amenazar de forma directa la seguridad de Francia ni del Reino Unido.

Son muchos los observadores que han lamentado que las naciones democráticas no emprendieran una guerra preventiva, por ejemplo en 1936. Sin embargo, todo apunta a que ni los británicos ni los franceses habrían aceptado un nuevo conflicto bélico. El punto crítico —es decir, el umbral a partir del que un país, considerando amenazados sus intereses vitales, estima necesario entrar en guerra— aún no se había alcanzado. Antes de Múnich, ninguno de los golpes de mano de Hitler (la remilitarización de Renania, por ejemplo) había justificado, a ojos de la ciudadanía, otra conflagración. ⁵⁹ Desde luego, en 1936, la guerra habría arrancado con un pronóstico mucho mejor que en 1939 para las dos potencias aliadas, pero Londres dedicó por entero su política a evitarla por todos los medios. ⁶⁰

Los dos países, en pocas palabras, juzgaban que su infraestructura militar, su economía y su imperio les permitirían detener una posible agresión, aunque aquí se hace necesario subrayar la ambivalencia de los jefes castrenses. En efecto, hasta 1937, los franceses no dudaban de la superioridad de su Ejército, considerado la primera fuerza del planeta. El 11 de diciembre de 1937, el ministro del Aire, Pierre Cot, afirmó ante la Cámara de Diputados que, «en opinión de todos los expertos, la aviación francesa cuenta con la mejor infraestructura y los mejores cuadros de estado mayor». ⁶¹ Del mismo modo, los británicos, confiados, contaban con el poderío de su industria y la calidad de su fuerza naval y aérea. ⁶² Sin embargo, esta fachada amable escondía realidades mucho menos deslumbrantes. En realidad, sacudidos por las crisis económicas del período de entreguerras, ni París ni Londres habían dejado de reducir su gasto militar. En 1919, las autoridades británicas anunciaron la Ten Years Rule o «regla de los diez años», por la que el imperio se comprometía a no participar en ningún conflicto de relieve en el decenio siguiente, convencidas de que no había mejor forma de recortar el presu-

puesto de Defensa.⁶³ Entre 1934 y 1939, su Gobierno solo destinó un 22 % de sus ingresos a rearmar su Ejército,⁶⁴ con lo que la financiación quinquenal pasó de los cuarenta millones de libras previstos a solo diecinueve.⁶⁵ Francia siguió el mismo camino: el presupuesto consagrado a las Fuerzas Armadas cayó del 32 % entre 1931 y 1935⁶⁶ a un escaso 5 % de la renta nacional entre 1930 y 1934.⁶⁷ Las dificultades económicas llevaron, pues, a disminuir el desembolso militar a fin de equilibrar las cuentas, sobre todo porque una porción de los parlamentarios comulgaba con la postura de los pacifistas. En 1935, el Partido Laborista se negó a aumentar la financiación de la RAF, la fuerza aérea británica, «en razón al prudente discurso pronunciado por el señor Hitler el 21 de mayo».⁶⁸ En ambos países, pues, las autoridades prefirieron agotar las reservas heredadas de la primera guerra mundial a invertir en armamento nuevo. Además, parte de sus fuerzas estaba destinada a mantener el orden en sus respectivos imperios más que a aperebirse para un nuevo conflicto bélico.⁶⁹ Los estrategas, pues, permanecieron vacilantes, convencidos de la fuerza de su infraestructura militar al mismo tiempo que dudaban de su potencia.

Esta ambivalencia estalló en febrero de 1936. Mientras que las autoridades civiles se disponían a reaccionar ante una eventual intervención alemana en Renania, el estado mayor francés se opuso.⁷⁰ Temía hacer que Francia pareciese el agresor y, además, tener que acudir en solitario al campo de batalla, pues dudaba —no sin razón— que Londres y Bruselas apoyaran tal respuesta. Por último —y quizá sobre todo—, el general Maurice Gamelin, jefe de estado mayor de los ejércitos, sobrestimó adrede las fuerzas del adversario.⁷¹ En abril de 1935, calculó que el Reich disponía de treinta y dos divisiones que, multiplicadas por dos con ayuda de las tropas de reserva y sumadas a las cincuenta que protegían las fronteras, alcanzaban un total impresionante de ciento veinte. A semejante conjunto había que añadir veintidós divisiones acantonadas en Renania. Sin embargo, los servicios de información (el llamado *Deuxième Bureau*) le habían ofrecido una estimación más ajustada a la realidad. En marzo de 1936, le hicieron saber que Alemania no disponía de más de cuatrocientos ochenta mil soldados, mal comandados además.⁷² Los motivos que lo condujeron a semejante exageración siguen sin estar claros. Gamelin pretendía sin duda presionar al Gobierno para que aumentase el presupuesto militar, y tal vez obligar al poder a ordenar una movilización general a fin de garantizar la victoria, medida que

excluyó el Ejecutivo ante la proximidad de las elecciones legislativas. Sea como fuere, Francia gozaba entonces de una clara superioridad militar, tanto que Hitler había ordenado a los ejércitos alemanes que se retirasen en caso de enfrentamiento con sus unidades. «Si los franceses hubieran marchado sobre Renania, habríamos tenido que retirarnos con el rabo entre las piernas. La fuerza militar de la que disponíamos no habría bastado siquiera para oponer una resistencia limitada», repetiría sin descanso en el futuro.⁷³ Este episodio fue a confirmar, una vez más, que Francia, como el Reino Unido, no se atrevía a oponerse a la política belicosa de Alemania, sobre todo porque, desde 1937, ambos dudaban de su propio poderío. «Nos es imposible prever cuándo poseerá nuestra defensa el vigor suficiente para garantizar la integridad de nuestro territorio, nuestro comercio y nuestros intereses vitales frente a Alemania», alertaron en noviembre los jefes británicos de estado mayor (British Chiefs of Staff o BCOS). Esta debilidad que percibían, de no ser reconocida, estaba abocada a minar las alianzas que Francia se afanaba en forjar.

ALIANZAS

Quede claro de entrada que Londres y París no marchaban al mismo paso. Los británicos no pretendían, en ningún caso, sellar alianza alguna: en 1914 habían fracasado lamentablemente⁷⁴ y Neville Chamberlain las tenía por responsables de la Gran Guerra.⁷⁵ Asimismo, tenían miedo de avivar el síndrome de asedio del que se quejaba Alemania.⁷⁶ Por el contrario, los franceses, conscientes de la escasa eficacia de la seguridad colectiva, pretendían consolidar su sistema de alianzas, que descansaba tanto en acuerdos bilaterales como en tratados mundiales. Así, por ejemplo, los pactos firmados en Locarno en 1925 por Alemania, Bélgica, Francia, Italia, Polonia, el Reino Unido y Checoslovaquia garantizaban las fronteras occidentales de Alemania, prohibían la guerra y obligaban a recurrir al arbitraje en caso de desavenencias. Aun así, Francia confiaba, por encima de todo, en concertos bilaterales. En septiembre de 1920 había firmado con Bélgica un acuerdo militar que preveía, en particular, la cooperación de ambos países «en caso de agresión no provocada de Alemania»,⁷⁷ así como «la organización de un sistema de defensa coordinado de las fronteras francobelgas, incluida la oriental de Luxemburgo».⁷⁸ Sin embargo, cada país tenía la libertad de aplicar o no

este acuerdo,⁷⁹ y Bruselas evitó tender lazos demasiado estrechos con su poderosa vecina. Nada como la remilitarización de Renania puso en evidencia el escaso valor de las garantías francesas. Por eso Bélgica denunció a la convención el 6 de marzo de 1936, y, el 14 de octubre siguiente, Leopoldo III reafirmó rotundamente la neutralidad secular de su reino. Del mismo modo, Polonia había firmado con Francia en febrero de 1921 un tratado de alianza por el que ambas se comprometían a brindarse apoyo en caso de ataque de Alemania o la Unión Soviética; pero el pacto de no agresión de 1934 lo convirtió en letra muerta.

Finalmente, el desmembramiento de Checoslovaquia que siguió a los Acuerdos de Múnich minó las bases del sistema de la llamada Pequeña Entente. Tras el de Locarno, Francia había suscrito, en efecto, una serie de tratados militares con Checoslovaquia (16 de octubre de 1925), Rumanía (10 de junio de 1926) y Yugoslavia (noviembre de 1926). Sin embargo, las concesiones a Alemania de septiembre de 1938 convirtieron en una ilusión la protección de Francia, que no había intervenido en favor de aquellas: París había abandonado a Praga en el momento en que sus garantías amenazaban con «transformar en riesgo la seguridad».⁸⁰ Belgrado y Bucarest dedujeron que ya no intervendría por ellos. Dicho esto, no es necesario cargar las tintas: tales acuerdos no tenían, en realidad, valor alguno. Los británicos, en efecto, se habían negado a brindar su protección a los países de Europa del Este y los franceses consideraban «sus alianzas orientales como ventajas y no como obligaciones; como elementos que aportaban protección a Francia sin comprometerla». Esperaban, pues, que estas naciones cumplieran con su misión: «distracer y dividir a las fuerzas alemanas en beneficio de Francia».⁸¹

La política de apaciguamiento tuvo, por tanto, efectos perniciosos. Dejó claro a los aliados menores que no podían contar con la protección francesa, lo que los llevó a refugiarse en una ostensible neutralidad (siguiendo el ejemplo de Bélgica) o a buscar las vías de un acuerdo con Alemania. Puso de relieve la contradicción que se daba entre una diplomacia ofensiva conducente a acorralar al Reich y una herramienta militar defensiva incapaz de proteger fuera de las fronteras francesas a una fuerza de intervención considerable. Así y todo, la colaboración que podían brindar estos Estados menores era, por definición, limitada. En cambio, no podía decirse lo mismo de las potencias de peso: el Reino Unido, la Unión Soviética e Italia.